

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 26 DE MAYO DE 1909.

NÚM. 74.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

El gracioso modelo de nuestra portada reúne los trazos de la silueta moderna en las últimas creaciones de la moda.

El cuerpo, formado sobre la base de dos canesús, el uno de muselina de seda bordado y el otro de tafeta, va adornado con un fichú en barbas á jaretas pespunteadas por arriba, terminando en drapados fruncidos á la cintura.

Las mangas son originalísimas, de estilo mosqueteo, con pliegues cogidos y regulares en su cara interna, lisa en su hoja exterior.

La adición de un guimé con cuello indepediente puede transformar este cuerpo en una elegante blusa de visita.

La falda es de forma corselete, lisa, con cierre de imitación, guarnecido con un galón bordado al lado izquierdo, y su confección es la corriente en esta clase de prendas.

En nuestra doble plana. Labores artísticas por Salvi, con la terminación de abecedario para bordar en sábanas al realce, punto enjabado y arenilla con algodones maravillosos, y los calados con hilo de Irlanda. Cifras STUVYZ.

Número 2.—Enlace SJ para bordar en servilletas.

Número 3.—Nombres de Lolita, Juana, Paulina, Carmen y Sol, para marcar pañuelos.

Número 4.—Enlaces ST, RS, SJ, VS, para bordar con algodones de colores lavables en manteles de diario.

Número 5.—Entredós y puntilla para blusas de encaje Irlandés, con calados y cinta de puro hilo.

Números 6 y 7.—Enlaces AO, LZ, para pañuelos de diario.

Número 8.—Festón para bordar en paños de bebés, con algodones lavables.

Número 9.—Nombres de Floísa y Rosina para bordar con sedas lavables en pañuelos.

En nuestra octava plana más figurines de verano.

Número 1.—Vestido en terliz, cuerpo blusa dispuesto en tirantes, con entredoses de encaje y plastrón en tul plegado, acinado de un encaje. Falda con canesú alto y volante añadido.

Número 2.—Toilette en terliz también, adornado de entredoses de Irlanda y de encaje análogo; cuerpo blusa con cuello libre y sobremangas. Falda de tres paños, adornada de un volante añadido y cintura en liberty apropiado.

Número 3.—Toilette de verano en fulard estampado, adornado de entredoses en bordado y de botones análogos; cuerpo blusa en cuello libre, guimé en tul plegado adornado de nuvo en otomán, cintura análoga

y margas modernas. Falda de tres paños, adornada de un volante añadido de los lados; cierre por detrás, y el del cuerpo al lado.

REFRANES DEL MES

Hasta cuarenta de Mayo no te quites el sayo.

En buen hora vengas, Mayo, el mejor mes de todo el año.

Mayo pardo, señal de buen año.

Cuando en Mayo no hay lodo, se pierde todo.

No espere cosecha quien en Mayo barbecha.

Agua de Mayo, pan para todo el año.

Calenturas en Mayo, salud para todo el año.

Mayo muy lluvioso, en el campo feo y en la huerta hermoso.

Mayo hace el trigo y Agosto el vino.

Más vale un agua entre Mayo y Junio, que los bueyes, el carro y el yugo.

ECOS DE LA MODA

Muchas elegantes, con sólo echar la vista encima á una prenda de alta novedad, adivinan de qué casa es su manufactura. En efecto, los modistos «de primera» cuidan mucho de este sello especialísimo que equivale á una firma.

Dichosamente, al lado de estas prendas de supremo chic, que no están al alcance de todas las fortunas, vemos otras elegantitas y curiosas, á las que sólo falta el atractivo de lo caro.

Por ejemplo; tratándose de sombreros, no es tan necesario que éste sea de una casa de primer orden como que reúna una circunstancia, por desgracia poco frecuente en los sombreritos económicos ó caseros: nos referimos á que los casquetes se adapten ó, mejor dicho, casen bien con los peinados.

Aunque sí es cierto—como ya hemos indicado en estas crónicas—que las flores se usarán mucho en la presente estación para adornar los sombreros, no es menos verdad que las plumas seguirán usándose.

Los penachos grandes «hacen furor». Así es que no debemos extrañarnos de que los sombreros se vendan cada año á más elevado precio.

He visto un modelo último de París que valía cien duros, un pequeño casquete con montones de plumas de aves raras.

Aseguran cronistas parisienses que el día que se corrió el Grand Prix, el Hipódromo, visto desde un globo, parecía un campo de flores, en el que revoloteaba una bandada de palomas. Tal era el efecto que hacía al aeronauta el circo de carreras, frecuentado

por las elegantes que lucían trajes de colores y sombreros de plumas.

Los vestidos blancos gozan de gran favor en la moda actual.

Es, en efecto, el más lindo de los atavíos. Pero tengan cuidado de no abusar de él, las que hallan doblado «el cabo de los treinta», porque estos trajes albos parecen decir inocente adolescencia.

Se usan mucho las capelinas de paja de Italia cargadas de flores, y también los sombreros de tul con adornos de plumas.

Los echarpes de encaje, bordados en muselina de seda ó de gasa, continúan siendo un lindísimo accesorio de toilette, procurando que los matices sean delicados, ó mejor, blancos.

Como abrigo de noche, ó para salir en carruaje, la forma vaga de las capas orientales, drapadas y sin mangas, es la última moda.

Trátase de algo muy cómodo y lindo y á propósito para cubrir los hombros al salir de una reunión de buen tono; pero no olvidemos que la prenda sólo está al alcance de las privilegiadas de la fortuna.

No ha de tener, pues, lucimiento como no sea de primera calidad, por lo que no aconsejaremos á nadie que la use al no poder llevarla con todos los requisitos que exige, y denunciando siempre el corte expertísimo «de una primera tijera».

Las grandes damas que pueden usar estas capas, van como envueltas en ricos albornoces, siendo también de alta novedad las «salidas» á modo de amplios levitones, con aplicaciones de encaje ó de pasamanería de seda blanca y oro.

La sombrilla japonesa está á la orden del día. Son muy planas y con muchas varillas, en telas pintadas, de colores chillones. Se trata de una moda verdaderamente práctica por lo ligeritas que son las expresadas sombrillas y porque el carecer de combadura hace que no se moleste tanto al público en la confusión de las aceras.

No nos cansaremos de repetir que las modernas hechuras están por lo liso, contrastando con los sueltos copiosos y mangas caídas que hasta hace poco hicieron furor.

Las que tanto han rabiado con la moda de los sombreros grandes, están ce enhorabuena, porque ya los tienen centro de los modelos más chic, incluso exageradamente pequeños.

LA CONDESA FLOR DE LIS.

Pensamientos y máximas.

Las heridas producidas por la indiferencia no dejan cicatrices.

El bien que se hace por miedo ni tiene duración ni valor.

El fruto del trabajo es el más dulce de los placeres.

No dejad crecer la yerba en el camino de la amistad.

La resignación es la dicha de los que no tienen otros bienes.

Más vale ser hijo de un pobre que esclavo de un rico.

La higiene es la moral del cuerpo, como la moral es la higiene del alma.

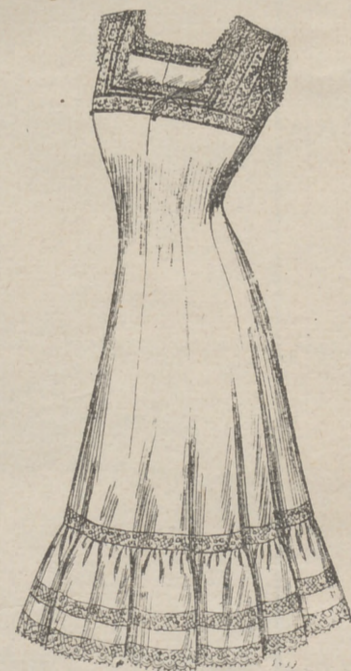
Como las hojas del árbol, las ilusiones caen y desaparecen en el invierno de la vida.

El interés pone en juego á su favor lo mismo los vicios que las virtudes.

El que habla mucho se expone á decir cosas que se debieran callar siempre.

Quien disminuye sus necesidades se enriquece.

CAMISA ENAGUA



Modelo nuevo, combinado en nan-souk, con canesú escotado en cuadrado y guarnecido de entredoses de puntilla Valenciennes, trou-trou y cintas y volante alto montado con entredoses.

Psicología de la Moda.

«Yo daría tres escultores clásicos por una modista que siente, interpreta y rectifica la Naturaleza.»

MICHELET.

Muchas veces me he preguntado por qué en esas escuelas de altos estudios de París, donde hay cátedras de toda clase de instituciones asirias y griegas, no existe un curso de elegancias femeninas. ¿No es acaso la moda un arte, lo mismo que la poesía, lo mismo que la escultura? Tal vez es el arte por excelencia y por preexcelencia. Cuando todavía los hombres no soñaban ni en cubrirse ni en defenderse, ni aun en atacarse, ya pensaban en adornarse. La idea de que las elegancias son un refinamiento de tiempo, es una idea falsa. La ciencia ha descubierto que, antes de cubrirse, la humanidad se adornó. Mr. Raymond Meupier dice, hablando doctamente de este asunto: «El tocado femenino es un problema científico; hasta su origen mismo es una indicación de psicología general. Sabemos, en efecto, que el adorno ha precedido al vestido; que el esfuerzo por gustar, por excitar al amor, se encuentra hasta en las razas primitivas, y es una ley de la vida. Pero las razas humanas agregan a esa tendencia el ingenio, pues los individuos no se contentan sólo con sus propios atractivos. Así venos á muchas tribus de la cuenca del Amazonas cubrirse el cuerpo con plumas raras y de colores brillantes, y las mujeres cafes consideran suficientemente ataviadas cuando pueden lucir una corona, un collar y una faldilla demasiado corta y demasiado adornada para que podamos creer que la llevan puesta por pudor. Salvo en los países excesivamente cálidos, en que el vestido sirvió primeramente de protección, para conver-

tirse en seguida en adorno, por todas partes vemos la desnudez primitiva pidiendo al reino animal, mineral y vegetal los ornamentos más apropiados para llamar la atención, pudiéndose hoy afirmar, con Darwin, que no fué el pudor lo que á Eva le dió la idea de tomar la hoja de parra en legendaria jardín. El pudor nació del vestido y del adorno, antes de que estos dos se confundieran.»

La evolución no ha ido nunca de lo sencillo á lo complicado, ni de lo práctico á lo superfluo, sino al contrario. En la cátedra que yo desearía ver instituida, un profesor hábil podría así probar que una salvaje del fondo de África es más sutil en el vestir, ó mejor dicho, en el adornarse, que una parisense de nuestros días. Entre la mujer y sus trajes, una escritora, Madame Roy-Devereux, ha descubierto una relación tan íntima, que hasta ha podido decir que la mujer es el traje. «Y éste consiste — agrega — en que el estilo, en su esencia, es una emoción y no una concepción.» Por lo mismo, las damas de nuestra época, que conocen ya los secretos de disfrazar todas sus sensaciones y de ocultar todas sus ideas, debieran consagrarse á un estudio profundo de la psicología del traje. Hoy por hoy, el vestido es lo único que aún domina á la mujer. El día en que la mujer domine su vestido como domina sus nervios y como domina sus sentimientos, su poder no tendrá límites.

Los más austeros filósofos confiesan la influencia que la moda femenina ejerce en el mundo. Oid á este académico: «La acción que ejerce la toilette de la mujer es importantísima: comienza obrando sobre las gentes que la rodean y termina influyendo en ella misma; pareciendo existir en esto una acción recíproca, sólo conpara-

ble á las tan estudiadas relaciones entre el físico y la moral de los individuos. Toda mujer, por pobre que sea, tiene un estilo propio, que muchas veces sólo un detalle insignificante viene á modificar, dando un cachet de originalidad á su tocado, á sus aptitudes y á sus expresiones, como no podrían inspirárselo las galas sutiles de la más hábil modista. No dudemos, pues, de que la toilette tiene su influencia. ¿Por ventura, parecemos la misma alma de esa dama vestida con una sencillísima toilette de mañana que la de esa otra á que vemos ataviada con vaporoso traje de baile? ¡Ah! Ciertamente, no. El alma que anima ese tocado de hoy tiene algo de nuestra alma, sobre todo si en una hora de vagar mental nos abandonamos á esa sugestión siempre dulce.»

¡Cuántas cosas en unos trajes! — murmurarán los que no saben comprender la profundidad de las frivolidades. — ¡Cuántas cosas, en efecto! Y para explicarlas, para analizarlas, para popularizarlas, la cátedra se impone, la cátedra de elegancias femeninas.

Por mi parte hasta un candidato tengo para desempeñar la cátedra: Marcel Prevost, cuyos artículos me han enseñado á distinguir entre el estilo de Doucet y el estilo de Redfern.

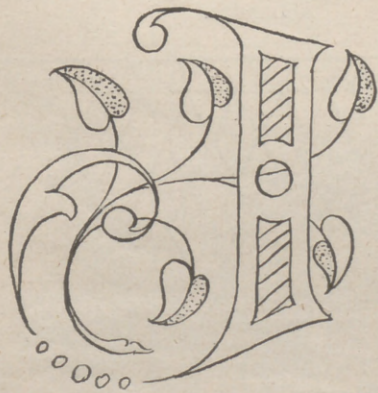
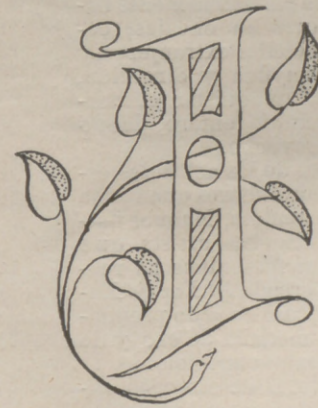
Redfern es el costurero de las reinas. Sus obras poseen una majestuosa amplitud de corte. Las cosas de sus mantos y de sus faldas están hechas para ser arrastradas por rubias princesas en galerías riquísimas. Las señas que pesan y los lucientes terciopelos, son las telas que mejor convienen á sus creaciones. Paquin es el polo opuesto. Ligero, vaporoso, coqueto, envuelve los cuerpos femeninos en lienzos etéreos, escondiendo ni siquiera una línea, no velando ningún encanto, poniendo en valor las curvas, corrigiendo los defectos, suprimiendo las exageraciones, tratándolo, en una palabra, de

modelar, con sus claras envolturas, figurinas exquisitas de ritmo y de voluptuosidad. Es el parisense por excelencia. Las pecadoras de la comedia moderna: las Zaza, las Joujou, las Crève, se agitan entre sus trajes con un diabólico encanto. Es el fabricante de muñecas vivas, y á veces también el evocador de sirenas reales. Beer tiene algo de nostálgico en su estilo florido, dorado y celeste. Se figura ver siempre marquesitas de Watteau frágiles y discretas, que necesitan, para armonizar un conjunto delicioso, algo que no choque bajo la ciblería empolvada. ¡Y con cuánta suavidad ejecuta sus faldras raeadas! ¡Con cuánto amor lleva de guirnalda los corpiños! ¡Cómo se complace en fruncir los escotes del cuello! Sus conjuntos tienen siempre un encanto de pastel algo desdibujado, oloroso á rosas de otoño.

Worth querría resucitar las armoniosas envolturas del himation griego. Erudito y artista, ha contemplado con amor una Demetra y una bore de Eleusis que se encuentra en el Museo de Atenas, y también una divina Victoria que, en la galería del Acrópolis, de esta su sandalia inclinando su bello cuerpo de virgen.

Deuille es el masculinizador más atrevido y más chic. Con sus trajecillos *tailleur*, cortados estrechamente, dá á las automovilistas actuales algo de altanero y de enérgico. Sus clientas no van á bailar un minué, como las de Beer, ni á hacer una reverencia principesco, como las de Redfern, ni á llevar picarescamente el pie, como las de Paquin. Lo único que les conviene es el vals y inquiet con su vertiginoso traqueteo. Durante el baile podéis hablarles de todo como si fueran amigos, sin medios dueros. Pero, eso sí, cuidado con chocarlas. Tienen de masculino justo lo necesario, y conservan de femenino lo mejor: la gracia, el ritmo y la sensibilidad. ¿Son las mujeres de mañana?... Son adorables.

E. GÓMEZ CARRILLO.



Continuación del abecedario para bordar en servilletas y almohadas con hilos lavables de color.



El Encaje Madrileño, por M. Salvi.

(Información especial para *La Moda Práctica*.)

La industria artística de los encajes, en nuestro país, debería ocupar un lugar preferente, fomentando la riqueza, si los gobiernos, prestando generosa ayuda á una Junta de damas,



Los nuevos bolillos-cajas y el hilo para confeccionar el encaje madrileño.

éstas, con su gran saber y patriotismo, crearan una Escuela Modelo del Arte del Encaje.

La mujer española tiene dadas pruebas frecuentes de las grandes condiciones que reúne para la ejecución de encajes.

Cataluña, Ciudad Real, Coruña, Alicante y otras regiones, fabrican el encaje económico de uso, hecho por obreras, que, no contando con mejores elementos, ejecutan sólo trabajos de sencillez extrema para competir en el mercado del país y de América.

Son muchas las señoras y señoritas que particularmente hacen primores en encajes, copiando los estilos extranjeros, y éstas, con ayuda y dirección, llegarían á conquistar el mercado del mundo entero, dando gloria y provecho.

A la vista de las actitudes especiales para labores que reúne la mujer española, Manuel Salvi, el infatigable artista que tantas obras femeninas ha realizado, ha creado *El Encaje Madrileño*, el cual ha sido premiado ya con medalla de oro y de plata en varias exposiciones.

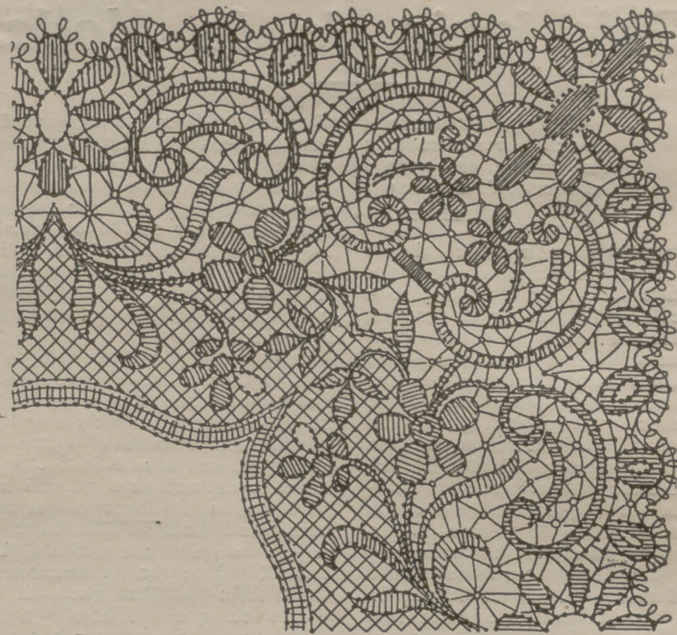
Los modelos de este rico encaje, el cual se separa por completo del estilo extranjero, dando aislamiento á el trazo del tema y buscando con los diferentes puntos de bolillos, claro-

obscuro y novedad al trabajo, y para facilitar la ejecución ha introducido en su confección la novedad de los bolillos-caja, con hilo de lino, en ovillos de nueva forma.

Los nuevos bolillos-caja dan gran facilidad y ventaja al trabajo: 1.º, porque evita el penoso trabajo de devanar; 2.º, porque llevando interiormente el ovillo especial de hilo, éste no se mancha ni enreda, y 3.º, porque economiza tiempo y el encaje en su terminación se encuentra con mayor belleza.

El bolillo-caja está perfectamente hecho en boj; basta abrirlo á introducir el ovillo de forma especial, sacando la hebra y pasándola por un ojo abierto en su parte inferior de la tapa; después pasar la hebra por dos anillas de goma, y luego sacar la hebra por el orificio central del bolillo en su parte posterior.

Estos bolillos, que transforman por completo la ejecución



Cuarta parte de un pañuelo de encaje madrileño ejecutado con 54 bolillos.

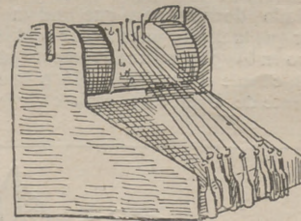
de los encajes y que tantas ventajas tienen, no obstante su delicada fabricación, son muy económicos.

Con este sistema nuevo de bolillos, las niñas trabajan y aprenden mejor, y cuando las señoras y señoritas, por su gran saber y práctica, hacen encajes de mérito, éstas ofrecen mayores ventajas.

El Encaje Madrileño reúne facilidad ejecutiva, arte y novedad, y es de tal riqueza de presentación, que puede com-



Haciendo el encaje madrileño con la nueva almohadilla giratoria. (Fot. Alfonso.)

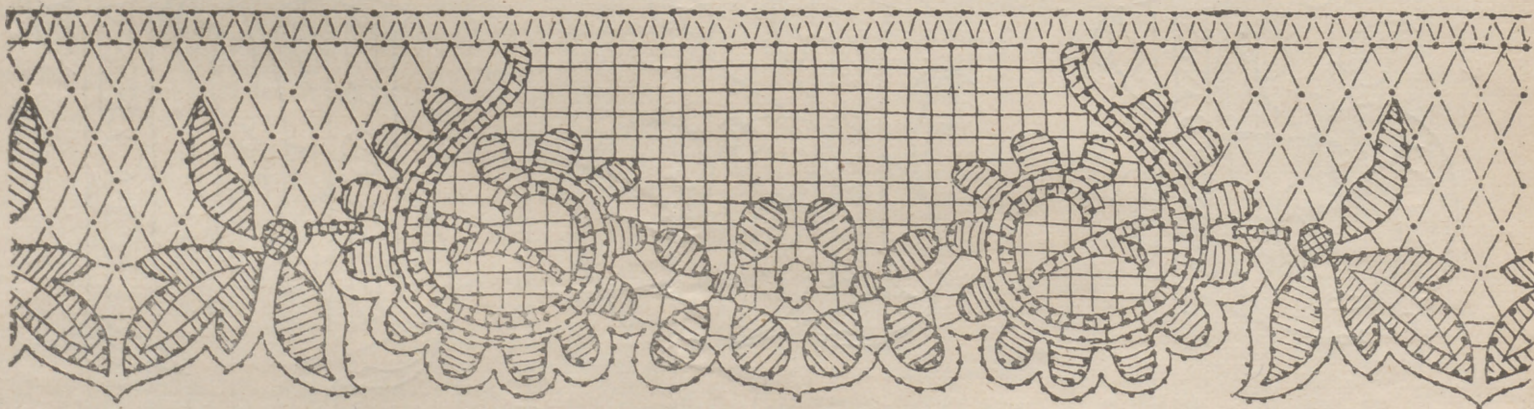


La almohadilla giratoria.

petir con los encajes más afamados de Francia, Inglaterra, Bélgica é Italia.

Debe practicarse mucho, para acostumbrar á la artista á los cortes que se efectúan, pues éstos son su mayor y único trabajo.

En esta información, la MODA PRÁCTICA da á conocer el bolillo-caja, el hilo de lino en ovillo y varios modelos del *Encaje Madrileño*, y como son muchas las señoritas que ya ejecutan á la perfección este nuevo trabajo, publicaremos modelos especiales prácticos de Salvi, que serán del agrado de nuestras abonadas.



Pu-tilla de encaje madrileño ejecutada con 75 bolillos.

EL ENJAMBRE

Todos los días, poco después de terminado el almuerzo—entre conventual y mundano,—salían en tropel revoltoso, para co-retear por los andenes del jardín, las señoritas colegialas. El recreo, esa hora mágica tan agradable á los reclusos—ya giman en la celdilla de una cárcel, ya suspiran en prisiones del internado,—tiene mucho de libertad provisional... Para las pensionistas de mi cuento era el más sabroso de los postres, con ser éstos, generalmente, obra de las habilidosas manos monjiles. Pero, ¡ay! el reglamento les amargaba tales dulzuras, al obligarlas á pasar—entre la comida y el juego—por el puente de la oración, aplicada á guisa de medicamento digestivo en la capilla del colegio. Imagináis la atención que pondrían en aquellos rezos de sobremesa...

Llegaban al jardín, no como bandada de ociosos pájaros, sino á manera de bullicio enjambre, puesto que algunas niñas dedicaban los momentos de la expansión á concluir labores de carácter urgente: á reparar lecciones, que la memoria recibía con hostilidad manifiesta; á modelar sus actos en los ejemplos de los libros piadosos ó á saborear, á hurtadillas, capítulos de amorosa novela, introducida de matute, por las aduanas de «sor Argos», como decían á la hermana portera... Consignemos, en holocausto á la verdad, que predominaban los zánganos á las abejas y á los murmullos los zumbidos.

Había, entre las jóvenes educandas, una que ni tomaba parte en las travesuras infantiles ni se entretiene, aparentemente, en labor alguna mental. Apurando el símil, pudiera decirse que—en la colmena estudiantil—era algo así como la reina del enjambre.

Su edad frisaba con la que los poetas han dado en llamar los quince abriles... Proporcionado á la edad era el cuerpo, en el que ya se dibujaban las curvas femeninas con promesas de exuberante desarrollo. Tenía blanca la color, como los Cristos marfileños; rubia la cabellera, cual las espigas en sazón; los ojos, azules, subravados por semicírculos de tonos violáceos, semejaban corolas de «no me olvides», circundadas de lirios silvestres; la boca, menudita y plegada por el hábito del silencio... Un primor de muchacha, en fin.

Lo que más llamaba la atención de las gentes era la serena majestad de su rostro, bañado á la continua por un tinte de melancólica pesadumbre, que recordaba las tardes grises del otoño. El alborear de la vida había tomado en ella aspectos de crepúsculo vespertino. Sus compañeras la apellidaban *sotto voce* «La Dolorosa»; La superiora del colegio solía llamarla «Rosita de Pasión»... Su verdadero nombre era Julia.

Lindaba el pensionado, por la parte del Mediodía, con una casa de vecindad que—en virtud de ciertos derechos, no prescritos, de servidumbre—tenía algunas ventanillas cuidadosamente enrejadas, desde donde los

inquilinos oteaban con miradas curiosas aquel jardín en que—como va dicho—solazábanse y soleábanse las internas.

La tronera ó atalaya del piso cuarto correspondía á la habitación ocupada por el abuelo materno de Julia, quien se había instalado allí para estar lo más cerca posible de su adorada nietecita. El pobre viejo no quiso nunca sancionar con su voto los pronunciados el día de la boda, ante el altar por una hija desobediente; y al morir ésta, después de cinco años de borrascosa vida conyugal, el yerno—que, no terminado aún el de su prematura viudez, había contraído segundas nupcias—metió á la huérfana en aquella pensión, recomendando á las monjitas severamente que no autorizaran género alguno de relaciones entre nieta y abuelo.

Las buenas madres cumplieron religiosamente la orden. Pero la niña y el anciano se entendían—sin hablarse ni apenas verse—á través de aquella ventanita enrejada del piso cuarto... El pensamiento es el «telégrafo sin hilos» de las almas enamoradas.

Asomaba el invierno ya, y el abuelito sentía recrudecerse los accesos de gota que—como garras de ave de presa—atenazabanle los pies. Había entrado en su periodo de algidez el terrible mal, cuyas voces repercutían en los senos del corazón, y cuyo helado soplo era algo así como la entumecedora caricia de las cumbres nevadas. El viejecillo sin ventura adivinaba, con sus ojos de zahori, la proximidad de la muerte. Y su alma revelábase contra la idea de dormir el eterno sueño sin que le fuera dado estrechar antes, entre sus brazos paternales, á aquella hija secuestrada de otra hija para siempre perdida á aquel retoño floreciente del carcomido y ruinoso árbol de sus amores...

Y para ello se le antojó poner en ejecución un diabólico pensamiento que á fuerza de sitiarlo, habíale tomado por asalto el cerebro. Olvidándose de sí mismo, desoyendo el espantable griterío de sus dolores, amordazando las hambrientas fauces de aquella fiera que le roía en las entrañas, puso una silla sobre el lecho de su infortunio, y, subiendo á ella—como tenía por costumbre, para mirar, sin verla, á su nietecita, y para conversar los dos, sin hablarse—aferró ambas manos, temblorosas por la fiebre y azarrotadas del sufrir, á la reja de la ventana.

Entretanto, el enjambre seguía zumbando regocijadamente por las alamedas del jardín. Algunas niñas volteaban, como naves sin rumbo, por entre los maticos, salpicados aquí y allá de tardías flores de invierno; otras hacían estallar su contenido en pueriles y estruendosas risotadas; las mavorcitas cuchicheábanse al oído no sé qué historietas de amores, con ese parlotear misterioso de las jóvenes que presienten ya su destino; y las más pequeñas, interpretando á su manera la romanza eterna de la mujer, entonaban á coro (repitiendo cada uno de los taimados versos con cierto asomo de complacencia) esa can-

tata, salmodiada en todos los coros infantiles, que comienza así:

«Yo me quería casar con un mocito barbero, y mis padres me querían monjita de un monasterio»,

y que concluye en esta sublime confesión femenil:

«...¡Pendientes de mis orejas! ¡Anillitos de mis dedos!...»

«¡Lo que más sentía yo era mi mata de pelo!...»

«Rosita de Pasión» permanecía sentada en un banco rústico, desde el cual vislumbraba apenas la ventanita del piso cuarto—cuyos dos barrotes, en forma de cruz, la asemejaban á la retícula de un anteojito—y parecía que su ser estaba pendiente de aquel lejano acechadero... De repente se puso en pie, sacudida por un espasmo de placer doloroso; se estremeció todo su cuerpo, como agitado por el aura epiléptica, y los lumineros de sus ojos fulguraron con el centelleo de Sirio, esa estrella rojiza á cuyo lado palidecen los demás soles...

No era antojo de su deseo, no... Allá arriba, en la ventanita del piso cuarto—libre de sus férreos estorbos,—habían aparecido súbitamente una cabeza trágica, un rostro demacrado, glacial, y dos manos sarmentosas, febriles, que le hacían señas, como queriéndola atraer junto á sí...

«¡Abuelito!»—gritó la niña, poniendo en la desgarradora voz todas las amarguras de su alma huérfana y solitaria... Cesó aquel coro angélico de las infantiles amantes del «mocito barbero»; callaron las que se murmuraban al oído no sé qué historias íntimas de burladas y burladores; detuviéronse al punto, como petrificadas sobre la arena, las alocadas criaturas que revolaban por el jardín... Enmudecieron y aquietáronse todas, y en sus cabezas atortoladas nació la cruel semilla de las seriedades preoces.

«¡El abuelito!»... «¡El abuelito!»—clamaron á una voz, como remedando inconscientemente la triste queja de la avecilla á quien hiere el infame plomo bajo las alas... «La Dolorosa» había caído nuevamente en el banco, más válida aún que los exangües Cristos marfileños,

con los ojos, festoneados por manchas cárdenas, fijos en aquella ventanita del piso cuarto, ni do de sus clandestinos amores y refugio de su alma ausente...

Acudieron las buenas madres, aquellas buenas madres sin hijos, y entonces la pobre niña, aquella pobre niña sin padres, les refirió—entre lágrimas y sollozos—la amarga historia del viejecito, la espantosa tragedia que á un mismo tiempo acababa los ensueños de un ángel y las remembranzas de un mártir... Las monjitas se horrorizaron.

Rendido por el terrible esfuerzo, con los ojos vidriosos y la boca espumajante, agonizaba el viejo sobre el lecho de su infortunio. Entre las crispadas y yertas manos erguíase apacible, como signo de celeste liberación, la cruz griega formada por los barrotes del ventanuco...

Pasado el primer momento de estupor, el enjambre tornó á sus juegos con esa indiferencia egoísta de la niñez, que huye instintivamente de conmoverse ante las torturas ajenas... Y aquel triste episodio de la recreación meridiana sirvió de tema á las colegialas más chicas para divertirse, cantando á coro:

«Yo me quería casar, yo me quería casar con un viejito barbero, con un viejito barbero...»

Una de las educandas mayores, indignada de veras ante tanta crueldad, exclamó entonces con acento que la ira hacía restallar como un látigo:

«¡Viva el abuelito de Julia!»

El coro angélico, asustado por aquella terrible voz, ó tal vez encantado de hallar otro nuevo motivo para lanzar sus gorjeos al aire, reñitió destempladamente:

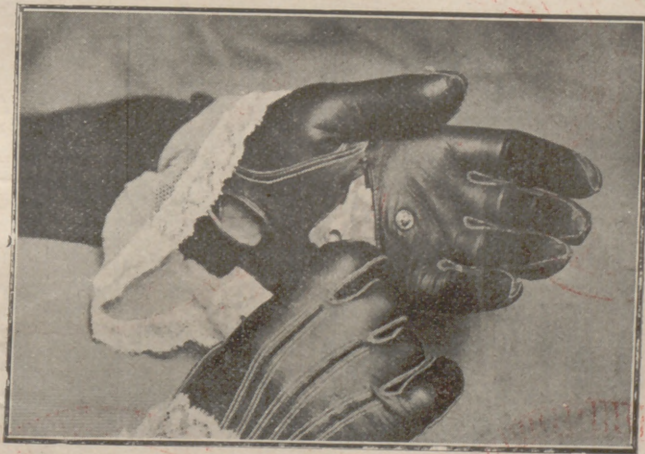
«¡Viva el abuelito!» «¡Viva...!»

Y, á una señal imperativa de la celadora de turno, el bullicioso enjambre de las pequeñas se colocó en dos filas para volver á las aborrecidas tareas del internado, murmurando aún:

«¡Viva el abuelito de Julia!» «¡Viva...!»

El abuelito de Julia descansaba en la eternidad.

CARLOS MIRANDA.



El guante portamonedas.

(Fotografía Delius.)



Elvira ³ *Lolita* *Juana* *Paulina*



2



5

4

3

1



una

Carmen Sol



M. SALVI.

Eloisa

9. Rosina

LA EMPERATRIZ

DRAMA PÓSTUMO DE CATULO MENDÉS

Morir con oportunidad, si se equivale en la vida a «nacer a tiempo».

El notable poeta Catulo Mendés, quien supo vivir la vida de la belleza, del amor, de la frivolidad, también ha sabido morir, no con la estética de un shamurai, pero sí cuando la ancianidad, esta prosa fría de la vida, requería de «maestro de la belleza» la actitud grave y respetable de la ancianidad. Catulo Mendés, un tanto obeso, había perdido su hermosura triunfadora de antes. Sólo le quedaba su risa juvenil, la fuerza de su espíritu poderosamente imaginativo y su expresión jovial é indiferente. En su frente aún brillaba la animación de una vida pasional y quimérica; pero le faltaba la serenidad, la majestad, la bondad; todo lo que nos hace tolerable el espectáculo desastroso de la ancianidad.

Catulo Mendés supo morir antes de que su presencia perdiese su encanto atrayente. Y en las letras le sucedió lo mismo; él, que jamás daba descanso a su pluma, habría tal vez llegado al no lejano día en que sus producciones hubiesen desmercido de las extraordinariamente hermosas que produjo en su juventud. Este temor principiaba a ganar terreno en el público; por esta razón, sin duda, pocas repeticiones generales han merecido un auditorio más selecto y recogido que el que presenció *La Emperatriz*. Las repeticiones generales constituyen una de las fiestas más originalmente parisienas; equi valen a una primera, sólo que las localidades no se venden y que el público no lo forman *snoobs* y *rastacueurs*, sino al contrario, lo que existe de más distinguido de la sociedad parisienense. Para asistir a las repeticiones generales se reservan los directores de los diarios, los autores teatrales, las artistas que no trabajan aquella noche, y son ellas, se podrá decir, las que constituyen el pretexto de las repeticiones generales, porque algunas veces, con el fin de que puedan ver el nuevo espectáculo, principian estas funciones a la una de la mañana.

En esta noche no faltan los amigos y los íntimos del autor, ni tampoco, como es natural, los críticos literarios. Las señoras visten trajes escotados, y los caballeros, frac. En los entreactos todos abandonan sus sitios y se reúnen en los pasillos y en la sala de descanso. ¿A quién le faltan conocidos o amigos en una repetición general? El teatro se convierte en un salón del gran mundo, y allí, muy bajo, principia la crítica ó los aplausos, que revelan la verdadera opinión del espectador; las palmas que se batan al fin de cada acto, suelen ser muchas veces un signo convencional de cortesía. No debemos olvidar que el público sólo así se a estas representaciones por invitación. Una vez que ha caído el telón principian las confidencias, los cuchicheos, y antes de abandonar el teatro ya se sabe si la pieza tendrá buen éxito ó no. No obstante, el público de las repeticiones generales no siempre suele ser infalible; recordamos una representación en el teatro Sarah Bernhardt, durante la cual los espectadores parecían aletargados y soñolientos. Todos le predijeron que no tendría público, y sucedió lo contrario; la pieza gustó a las niñas, y como éstas tienen pocos espectáculos teatrales donde pueden asistir, se regalaban con lo que otros daban su sueño.

El teatro Réjane está de gala. *La Emperatriz*, la última obra del poeta que acaba de desaparecer, y cuya presencia aún se extraña en el palco de *Le Journal*, despierta gran interés.

Hace un año, su bella esposa, la poetisa Jane Catulle Mendés, nos decía: «Nos vamos a Italia; Me des pre-

pa a un drama histórico sobre Napoleón, visitaremos la isla de Elba»; y, últimamente, desde el fondo de su palco, cubierta con sus crespones de luto, me dice: «El drama que dóntemente terminado; no falta una sola anotación, y lo representan tal cual quedó escrito; no he permitido que le supriman nada.»

El gran poeta nos habla en *La Emperatriz*, en prosa; es una prosa lírica y cadenciosa. El drama no es solemne ni grandioso; no nos muestra a Napoleón héroe. No vemos a la personificación de la gloria; sino al hombre, al corazón humano de Bonaparte, más que el del gran soldado a quien tampoco admiramos. Es indudable que no se puede obtener gran efecto teatral de la siguiente anécdota histórica de Napoleón: En la isla de Elba recibe la visita de la condesa de Walewska, a la bella polonesa María Lackinska, que viene a compartir el destierro con su amante. Napoleón no acepta la compañía de la abnegada condessa, la que, sumisa y resignada, se ajea con su hijo de la isla de Elba.

La Emperatriz tiene tres actos y ocho cuadros; los efectos escénicos de cada uno de ellos son de un gusto artístico imponderable, y el drama todo, lo que más sobresale, es la belleza de la obra, concebida con una delicadeza de arte exquisita. En el primer acto, ó prólogo, aparece el palacio del conde Walewska, el que muere de un ataque de apoplejía al saber que la condesa lo abandona para ir a unirse a Napoleón. El segundo cuadro representa la capital de la isla de Elba, que Inglaterra había convertido en reino de Yvetot; aquí aparece en toda su belleza el arte del autor; todas las escenas son pintorescas y llenas de gracia; el aparato escénico es de un efecto hermosísimo. En este trozo de la ciudad circulan los italianos, los vendedores, los espías, los soldados y los turistas. En el fondo aparece sombría y triste la figura del gran Napoleón, que gobierna una población de 25.000 almas bajo la vigilancia de un general inglés. El cuadro siguiente es todo alegría, aparece Napoleón, con su simulacro de corte. Se distingue un navío francés y en él se supone que llega la emperatriz María Luisa, con el rey de Roma. En seguida se ve la playa donde el barco ha fondeado, y a un niño que corre hacia Napoleón; éste se imagina que es el rey de Roma, tan deseado; é indeciso lo abraza, más job terrible desengaño, no es el rey de Roma ni la Emperatriz quien viene detrás. La decepción es terrible, y el primer impulso de trialdad para con María Walewska y su hijo; no obstante, él ha amado a esta mujer y ese niño es su hijo, su corazón se conmueve y les acoge con cariño.

En el acto siguiente se ve la ermita de Marciano. Napoleón juega con el niño; pero su gran ambición, su orgullo, es la Emperatriz; él espera siempre a María Luisa y al rey de Roma. Se establece una lucha entre el amor que le inspira María Walewska, la que se ha entregado a él por completo, y su anhelo de que María Luisa compartiera con él el destierro.

«Ella es la reina, la emperatriz, tú no ocuparás jamás su trono», dice a la humilde y amante María Walewska, en un momento en que se veía que la actitud de ésta encerraba un interés. Y esta sospecha a despierta el leal Drouot, inconscientemente, al decirle que siendo católico su verdadero matim nio fué el de Joséfina; pero como ésta ha muerto, su mujer es María Walewska y su hijo el niño que se encuentra presente.

Napoleón ordena a María Walewska que parta; la escena de la despedida es de gran emoción; la lucha entre el

orgullo que representaba María Luisa y el amor que sentía por la dulce polaca, está admirablemente descrito, no sólo con palabras, sino también con las actitudes sugestivas de los personajes.

En el último cuadro, al que podríamos llamar epílogo, se ve la partida de María Walewska en una noche de horrible tormenta. Ella se embarca, a pesar del espantoso temporal, exponiendo su vida y a la de su hijo, por obedecer la voluntad del que ama.

Los menores detalles de esta pieza han sido estudiados con prolijidad minuciosa; el buen gusto del autor se revela y muestra su delicada sensibilidad artística. Réjane representa a una María Walewska maravillosa; no sólo le ha copiado los vestidos de

los retratos que de ella existen, sino también el alma tierna y humilde; Réjane ha sabido doblegarse y recogerse como una flor acariciadora y fragante.

Después que ha terminado la representación, se levanta nuevamente el telón, aparece Réjane y dice: «La pieza que acaba de ser representada es de nuestro querido y recordado maestro Catulle Mendés.» Nutridas palmas responden a su voz; una atmósfera de alegría reina en la sala; la vida, de la muerte, no lejana, del poeta se ha evaporado. Nos ha dejado su alma de artista que vive en su obra.

EVANGELINA.

Festones para bordar, Fuentes, 7.



Ofrece nos á nuestras lectoras, con esta *toilette*, una de las rarezas de la moda, que según los periódicos profesionales ha causado verdadero furor en París, y que es el contrasentido de todo lo elegante, esbelto y entallado, de los estilos Directorio é Imperio.

Es un vestido lavable, en piqué, compuesto de una chaqueta larga muy abierta y provista de gran cuello y solapas, colocada sobre una blusa de terciopelo fina y cerrada con tres grandes botones por debajo del talle.

La falda es corta, amplia y cierra al lado derecho. Todo el traje obedece á la amplitud en el corte, á la comodidad de llevarlo sin corsé para salir cómodamente é ir fresca.



Babero bordado para niños pequeños con guarnición de puntilla.

CUENTO

NUBES DE VERANO

Eduardo la amaba con frenesí. Su pasión no había estallado rápida al choque magnético de las miradas, sino que tranquilamente fué fluyendo mediante el trato.

Nieves era una muchacha bonita, algo coquetilla, que hacía gala de su palmito. Su principal deseo, cuando salió de la pubertad, fué tener novio, que la acompañase en los paseos y el que asistiese á las reuniones por ella frecuentadas, gozando de la inefable dicha, no de ser amada, sino de llevar al lado á un joven á quien poder llamar pomposamente su prometido.

Se encontraron una noche en un «cine» con honores de teatro. Ella iba con su madre, buena mujer que deseaba casarla, y cuanto más pronto mejor. La amistad de un sujeto que se hallaba en un palco junto con Eduardo y otros amigos sirvió de base para el idilio. Ella y él empezaron á tratarse sin ansias de amar, deseosos ambos únicamente de tener á quien decir palabras dulces.

Salieron del teatro, yendo delante los dos, coqueteando ella, dándosele de hombre superior él, y al llegar á su casa Nieves dijo, entre descarada é ingenua:

—¿Vendrá usted mañana?
Y Eduardo prometió ir.

Fué varias veces. A la misma hora, cada noche, entraba en la tiendecita de una calle de la Plaza de la Cebada, donde habitaba Nieves con su madre, y se sentaba junto á aquélla, sonreían, y mientras tanto, la madre ponía la lengua en marcha, sin descansar.

Una noche, al salir Eduardo de la casa de su novia, llegó al Viaducto de la calle de Segovia, y el aire frío que venía del Guadarrama le azotó el rostro. Y entonces, con gesto heroico, cual si tomara grave resolución, murmuró enérgicamente:

—¡Ea, no vuelvo!
Y no se acercó más por allí.

Pasaron los días; Eduardo recordaba como un suceso lejano

la historietta de aquel idilio, que pasó sin dejar rastro en el corazón de ninguno de los dos combatientes.

Pero un amigo, ¡esos amigos que en la desgracia y en la suerte siempre molestan!, procuró por él, y entremetido, audaz, se lo propuso:

—¿Por qué no vuelves con Nieves? Tengo la seguridad de que te recibirá bien. Es una buena muchacha. Me habló de ti varias veces. Créeme, te aprecia.

Eduardo dejóse seducir, y un día, con su amigo, se presentó en la casa de su exnovia. Todo se arregló. Cuando salió de allí quedaba la chica pedida formalmente.

Entonces fueron intimando, y llegó un día en que se adoraron con locura, produciendo desazón á la madre, á la misma madre que antes había sido padre sermoneador para que Nieves quisiera á Eduardo y éste la dispensara faltillas de poca monta.

Fué un idilio. Marchaban hacia el matrimonio en velocísima carrera, empujados por un amor verdaderamente sobrehumano.

Pero llegó un día... Era el santo de la hija casada, y se reunieron en torno de la mesa paterna el yerno, Eduardo, su futura suegra y Nieves.

Esta contestó en forma desabrida á la madre, y quedó planteada la cuestión.

El cuñado vociferaba, diciendo:

—Así como apareces tan loca de amor por ese hombre (se refería á Eduardo), igual lo estuviste por el viudo aquel... ¿te acuerdas?

Eduardo sintió inundado su cuerpo por un sudor frío de agonía.

—¿De modo que otro la ha amado y ella le quiso!

Y contuvo los sollozos...

Nieves lloraba y, mirando á Eduardo, le decía:

—Sí, yo quise á un hombre, le adoré, te lo juro; pero aún no había sentido por ti este cariño

que me abraza el pecho. Ahora sólo quiero á Eduardo, á mi Eduardo, y ni remotamente he pensado jamás, desde que en mi alma entraste, en otro hombre.

Eduardo luchaba con un miedo que le apretaba la garganta como un lazo corredizo.

—Ya sé que me quieres. No tengo duda de tu cariño; pero yo no sabía que otro hombre obtuvo de tus labios frases de amor. Ese recuerdo me mata.

—Yo te explicaré—dijo ella—; aquel hombre...

—No, no—repuso Eduardo—; no me hables de él.

—¿Por qué?

—Me hace daño.

Se quedaron mirándose fijamente. Ella, sentada en una silla, ocultó su rostro entre las manos y rompió á llorar. Eduardo paseaba nerviosamente por la estancia.

—¡Otro hombre! ¡Otro hombre!—decía.

Nieves, sollozando, protestaba:

—¿Si ya no me acuerdo de él!

—¿Si sólo te veo á ti!... Entonces Eduardo se acercó resueltamente á su amada, y, tomándole las manos, dijo, atrayéndola hacia sí:

—¿Y cómo se llamaba? Nieves quiso responder... Tí-tubeaba... Aquel nombre no acudía á su memoria.

—¿No te acuerdas?—preguntó Eduardo, ansioso.

—No, ahora, no—dijo Nieves—; se llamaba...

—Déjalo—exclamó, con intensa alegría, Eduardo—; no te acuerdes, no hagas esfuerzos.

Y sellaron aquel olvido con un apretón de manos y una mirada intensa é indefinible.

ELVIRA ESTELLÉS MONTAGUD.



Detalle del bordado y festón para el babero de niños pequeños.

LA MODA PRÁCTICA



1.

2.

3.